

CONOCIENDO A DIOS: SIETE VERDADES

Daryl Wingerd

Se enseña frecuentemente y mucho acerca de la importancia de tener una “relación personal” con Dios por medio de su hijo Jesucristo. Los creyentes muchas veces contrastan los términos “religión” y “relación” al explicar la diferencia entre lo que es nada más externo o formal y lo que es espiritual y verdad. La idea de tener una “relación personal” con Dios nunca se explica usando esos términos exactos en la Biblia. Lo que la Biblia sí menciona repetidamente y claramente es la importancia de *conocer* a Dios por medio de Jesucristo.

Las siguientes verdades de las Escrituras deben ayudarte a empezar a comprender por qué conocer a Dios es tan vitalmente importante, y lo que realmente implica.

Conocer a Dios *ES* la vida eterna. Aquellos que lo conocen tienen la vida eterna y los que no lo conocen, no la tienen. Como dijo Jesús, “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” Juan 17:3. La vida es una relación.

Conocer a Dios es más valioso que cualquier cosa en la tierra. Puede que estés feliz con tu trabajo, tu estado financiero, tu influencia, tus posesiones, tu educación y muchas cosas más, pero estas cosas no valen nada al terminar tu vida en la tierra. En cambio, conocer a Dios tiene valor eterno. Como le dijo el Señor a Jeremías, “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme...” Jeremías 9:23-24.

Conocer a Dios significa oír y seguir a Jesús. Los que llegan a conocer a Dios por medio de Jesucristo también están de acuerdo con lo que dijo acerca de la verdad y la rectitud. Además, aman la obediencia a sus mandatos. Jesús mismo dijo en Juan 10: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10:27). “Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños” (Juan 10:5). Después se dirigió Juan a los que dicen tener una relación personal con Jesús pero viven de forma impura. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:4).

Conocer a Dios empieza con Dios. Así como una vela desplegada no puede hacer soplar el viento, el esfuerzo religioso en sí no puede hacer que conozcas a Dios. Dios se tiene que revelar a ti si lo vas a llegar a conocer. Jesús dejó esto claro cuando dijo, “y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar,” (Mateo 11:27). Jesús dijo lo mismo acerca de sí mismo, “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero,” (Juan 6:44). Dios es el que decide quién lo conocerá y tendrá una “relación personal” con su hijo.

Conocer a Dios nunca acontece por accidente. Dios es soberano, revelándose a quienes él dispone, pero él también se ha dispuesto a revelarse por ciertos medios. La persona que diligentemente busca a Dios por esos medios (los cuales son el estudio de la Palabra de Dios y la oración humilde) es la que será recompensada con el conocimiento de Dios. “porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.” (Hebreos 11:6).

Conocer a Dios es la fuente del placer eterno. El “descubrimiento” inicial de Dios puede ser parecido al descubrimiento de una estrecha vena de oro por un hombre que talla las piedras de una mina. Solo un insensato dejaría de cavar al hacer este descubrimiento inicial. La “vena de oro” que es el conocimiento de Dios, se expande, se enriquece, y se hace más placentero al cavar más profundo y sigue mejorando por la eternidad. Como dijo el salmista a Dios, “En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias a tu diestra para siempre,” (Salmo 16:11).

Conocer a Dios no parecerá tan grandioso como en realidad lo es, hasta haberlo experimentado. A las personas que nunca han visto la Gran Cañón en persona les cuesta entender la pasión de los que han estado allá. El cañón no se “conoce” realmente al nada más escuchar una descripción o ver fotografías. Tiene que ser visto y experimentado *en persona* para recibir el efecto completo. Te puedes estar preguntando, “¿Porqué tanto hablar de conocer a Dios? Conozco y creo en los hechos que se cuentan en la Biblia acerca de él, pero no veo porqué se emocionan tanto por él.” Dices así únicamente por que no lo has visto ni lo has conocido. Los que realmente lo han visto y lo conocen, no paran de pensar en él y aprender de él. Solo ellos pueden decir honestamente con el apóstol Pablo “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.” (2 Corintios 4:6).

Tienes que conocer a este glorioso Dios. Ningún otro propósito en esta tierra se puede comparar en importancia o recompensa. Aquí hay tres prácticas que te llevarán en dirección al mejor futuro posible:

Lee la Biblia buscando y esperando encontrar, como un hombre buscando oro en un lugar donde sabe que se podrá encontrar y donde otros ya lo han encontrado.

Ora desesperadamente, como una persona siendo arrastrada en completa oscuridad hacia las cataratas de Niágara, sin saber en que momento llegará esa caída mortal.

Guarda tu corazón cuidadosamente. Al enemigo de las almas le encantaría si fueras distraído de tu búsqueda de Dios por cosas menores – cosas que talvez disfrutes ahora pero las odiarás en el infierno.

Tomado de www.bulletininserts.org

Usado con permiso

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda